



“YO PREFIERO
QUEDARME EN MÉXICO”

Iván Carlos Menéndez.

Salvadoreño. 45 años.





“YO PREFIERO QUEDARME EN MÉXICO”

Iván Carlos Menéndez.

Salvadoreño. 45 años.



“¿Ves esta tranquilidad? Era todo lo que yo buscaba”, dice Iván Carlos Menéndez con una mueca de sosiego sentado en un parque en la ciudad de Tijuana. Su rostro refleja una calma que en su tierra no tenía. Salvadoreño, de 45 años, decidió migrar para escapar de la violencia que le agobiaba en su pueblo, Chalchuapa, una pequeña ciudad maya en la parte occidente del país centroamericano. Allí un grupo anti-pandillas le perseguía por un tatuaje que tiene en la espalda, un jaguar que evoca su cultura indígena, al que los criminales relacionaban con el símbolo de una pandilla. “Un día me pararon, me vieron el tatuaje y me golpearon, me dieron con fusiles y me dijeron que si no me lo tachaba, si no hacía una X sobre la imagen, la próxima vez me lo iban a cortar con un cuchillo, y me iban a matar”, cuenta.

Iván dejó a su familia en El Salvador y salió huyendo, en busca de un lugar donde vivir sin miedo a que las amenazas se convirtieran un día en actos. Llegó caminando a México el 23 de enero de 2020. Como miles de centroamericanos lo hacen cada año, cruzó a pie el río Suchiate, la arteria que separa a México de Guatemala en la frontera sur. Los agentes migratorios lo encontraron cuando ya estaba en Veracruz y le llevaron directo a la estación migratoria de Acayucan, al sur del Estado. Comenzó entonces una larga lucha con las autoridades mexicanas por conseguir un estatus legal que le permitiera quedarse en el país.

Los 4.000 kilómetros de distancia que separan Ciudad Hidalgo, por donde ingresó Iván al país, de Tijuana, donde vive actualmente, contienen el relato de un pasaje por el México más duro. Una travesía que dura ya más de un año y medio. De Acayucan lo sacaron cuando llegó la pandemia de la covid-19 y las autoridades lo dejaron nuevamente en la frontera, esta vez en Tapachula. Pese a ser forzado a irse del Estado, su solicitud para ser reconocido como refugiado, junto con la de todos los migrantes que se encontraban con él, fue rechazada por haber dejado Veracruz. “Mujeres, niños y hombres fuimos abandonados ahí en la frontera, desamparados”, dice, “fue una clara violación a nuestros derechos humanos”.

De Chiapas se movió hasta Tlaxcala, y de allí a Ciudad de México. Unos meses después, ante la imposibilidad de conseguir un trabajo o una ayuda, se lanzó a la carretera nuevamente. En febrero de este año llegó finalmente a Tijuana. Gran

parte del camino lo hizo a pie o abordo del peligroso tren que cruza el país de sur a norte conocido como La Bestia. En el recorrido, los albergues le cerraron las puertas bajo el sesgo de la pandemia. “Pensaban que estábamos contaminados con el virus, nos negaban cualquier apoyo, no querían acercarse a nosotros. Fue algo muy denigrante”, recuerda. Ha sobrevivido al frío, al hambre y hasta a grupos criminales que andan al acecho de los migrantes.

A través de organizaciones civiles que apoyan a migrantes en tránsito, Iván consiguió reiniciar su solicitud ante la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (Comar) para que le otorguen un permiso de residencia. Estableció mientras tanto su base en Tijuana, donde la valla que cruza toda la ciudad fronteriza le recuerda que no es bienvenido en Estados Unidos. Tampoco le interesa. “Han pasado varios meses desde que llegué aquí, y estoy demostrándole a la Comar que yo no iba para Estados Unidos, de haberlo hecho ya habría brincado la valla, y no la he brincado”, dice.

Iván es uno de los migrantes que rompe el mito de que todos quieren pasar para el norte, él prefiere quedarse en México. “Yo sé que aquí con el tiempo, uno puede escalar de un trabajo a otro y estar un poco más estable. Aquí hay mucha gente que vive y sobrevive, entonces digo: ‘¿y yo por qué no?’”. En cinco meses en Tijuana ha conquistado más de lo que logró en su primer año como migrante. Ha conseguido un visado y, con ayuda de unos abogados activistas, ha obtenido la clave fiscal que le permitió conseguir su primer trabajo en el país. Desde hace meses es guardia de seguridad en el almacén de una farmacia y, con el salario que recibe, ha alquilado una habitación en una vivienda. “Ya no tengo que dormir en la calle”, piensa aliviado.

Ahora espera que su trámite de residencia salga en breve, ya piensa en buscar otro trabajo, y quizás en un tiempo comenzar a estudiar computación. “Se van a dar las cosas”, confía. “Estoy demostrándome a mí mismo que puedo. Con mi residencia, voy a tener más oportunidades de tener un trabajo mucho mejor”, insiste optimista. Los migrantes, como él, solo necesitan que les den una oportunidad, asegura. “Pueden aportar con su mano de obra, pueden seguir estudiando y ayudar a la sociedad a que siga creciendo”.